

Balance de cinco años

El desarrollo de la guerra revolucionaria en El Salvador a lo largo de más de cinco años de duración se ha caracterizado, en lo fundamental, por las derrotas sucesivas que el FMLN le ha ocasionado a los planes militares de los asesores norteamericanos y del Ejército gubernamental. En esta tendencia general, en que las fuerzas revolucionarias han sostenido la ofensiva continua, Estados Unidos ha debido elevar su escalonamiento intervencionista hasta llegar a conducir y controlar de manera determinante los instrumentos políticos y militares del régimen: el gobierno salvadoreño y sus fuerzas armadas.

En ese proceso, la guerra ha venido adquiriendo superiores niveles de complejidad, tanto por la continua ampliación de los teatros de operaciones, y por el creciente volumen de fuego, como por el comportamiento por parte del ejército salvadoreño y sus asesores norteamericanos de sus fuerzas y medios cada vez más calificados, en correspondencia con los cambios estratégicos y tácticos introducidos.

LA OFENSIVA DEL 10 DE ENERO 81

La ofensiva general del 10 de enero de 1981 inauguró la guerra revolucionaria propiamente dicha. Se establecieron y consolidaron los campamentos guerrilleros cuyos reducidos territorios se transformaron, a la vez, en teatros de combate y zonas de reloguía.

El ejército de la dictadura, educado en tácticas para guerras convencionales entre estados y para la defensa de territorios y

EE. UU. está perdiendo la guerra en El Salvador

no en función de una guerra irregular, se vió obligado sobre la marcha de los acontecimientos, a ensayar un esquema triunfalista, de desenlace rápido, mediante el desarrollo de grandes operaciones de limpieza y aniquilamiento fulminantes. Sobre esta base los oficiales salvadoreños se propusieron acabar con las fuerzas del FMLN en tres meses.

Pese a que ese esquema había sido derrotado por el FMLN, tras la exitosa campaña político-militar desarrollada por éste entre julio y septiembre de 1981, que trajo consigo el reconocimiento Franco-Mexicano del FMLN-FDR como fuerzas representativas, el Alto Mando salvadoreño siguió aferrado sin mayores cambios tácticos a aquellas modalidades de grandes operativos de limpieza y aniquilamiento hasta la segunda mitad de 1982. El temprano fracaso de aquel enfoque triunfalista agudizó viejas contradicciones y provocó otras nuevas, no sólo en el terreno militar sino también en el plano político.

Ante el éxito político-diplomático de los frentes FMLN-FDR ya mencionado, y ante las profundas contradicciones que el fracaso de aquel esquema triunfalista generaba y atizaba entre las clases dominantes, junto a las propias que producía el esquema de reformas impuesto por los yanquis para alejar a las masas

del cauce revolucionario, los norteamericanos tuvieron que apelar a las elecciones como maniobra política estratégica al servicio del esquema de solución militar. Los militares salvadoreños, quienes durante más de cincuenta años de dictadura habían corrompido las elecciones y a las cuales continuaban considerando con desprecio y como un estorbo, ahora tenían que aceptarlas como una nueva vestimenta para limpiar un poco su ensangrentada imagen a fin de facilitar el escalonamiento de la intervención militar y política de los Estados Unidos.

Para poder continuar librando la guerra que ya estaban perdiendo a manos del FMLN, el ejército salvadoreño pasó a depender enteramente de la ayuda militar y económica de la administración estadounidense. Este hecho permitió que los norteamericanos avanzaran en el desplazamiento de la oligarquía del control del timón del Estado, disminuyendo su fuerte influencia en el ejército, sobre todo en base a prebendas económicas, y al mismo tiempo iniciar el complicado proceso de reestructuración de ese ejército, organizándolo en función de la guerra de contrainsurgencia.

Esa reestructuración, sin embargo, se había iniciado con mucho rezago respecto a las necesidades que el desarrollo de la



Comandancia General del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, durante la reunión de junio de 1984, en Chalatenango. De izquierda a derecha los Comandantes Schafik Jorge Handal, Joaquín Villalobos, Fermán Cienfuegos, Leonel González y Roberto Roca.

guerra y las complicaciones de la situación regional, a raíz del triunfo y consolidación de la revolución popular sandinista, le planteaban a Estados Unidos.

Hacia mediados de 1982 cuando entran en acción los batallones de infantería de reacción inmediata Atlacatl y Ramón Belloso, con la función de cambiar el curso estratégico de la guerra a su favor, el ejército gubernamental había sufrido un desgaste cercano al 50 o/o de los efectivos con los cuales inició la guerra, equivalente a unos 16 mil hombres. El FMLN había logrado resistir exitosamente la totalidad de los operativos o invasiones de limpieza y aniquilamiento lanzados por el ejército contra sus posiciones; se había desarrollado de tal manera que los pequeños territorios, que después del 10 de enero de 1981 le servían como retaguardia, se transformaron en bases de operaciones de las cuales partían las unidades a cumplir misiones combatives a nuevos teatros de batallas

abiertos en los frentes de guerra claramente configurados geográficamente en el territorio nacional. El FMLN, pues, llegó a controlar grandes extensiones del territorio del país, que se expandían estratégicamente sin que el ejército gubernamental pudiera evitarlo.

Así, el desarrollo de la guerra popular alcanzaba un nivel superior, más complejo: Las primeras columnas guerrilleras se habían transformado en unidades del ejército revolucionario; la ampliación de los teatros de operaciones y de los territorios bajo control permitían, y exigían, la planificación y ejecución de operaciones de mediana y gran envergadura, de gran maniobrabilidad y de alcances estratégicos. Existían pues, las condiciones objetivas y el desarrollo suficiente para emprender un viraje en la guerra que produjera un nuevo cambio en la correlación de fuerzas a favor de la revolución.

OBLIGADO CAMBIO DE ESQUEMA ESTRATEGICO CONTRAINSURGENTE

Los norteamericanos y el Alto Mando del Ejército salvadoreño modificaron su esquema estratégico. Diseñaron la idea "norte-sur", según la cual las franjas central y sur del país, donde se concentra el grueso de la población y de la economía, sería limpiada de unidades guerrilleras y estas forzadas a replegarse a pequeños territorios fronterizos con Honduras, en donde serían fácilmente aniquiladas. Mientras tanto, las zonas central y sur del país serían la base para reactivar la economía, sacarla de su crisis y estabilizarla políticamente. Tal esquema partía del cálculo que el FMLN sería estrangulado logísticamente, privado de la iniciativa y aislado políticamente tanto interna como internacionalmente para facilitar su derrota.

Esa idea, que en lo fundamental continúa guiando el actual esquema de contrainsurgencia de los yanquis, fue derrotada en aquel momento con la táctica de las unidades concentradas, entre junio de 1982 y Diciembre de 1983, arrancando con la batalla del Moscardón en Morazán y culminando con la ocupación del cuartel de la 4ta. Brigada de Infantería, ubicada en El Paraíso, Chalatenango, en donde el FMLN desmanteló decenas de pe-

ciativa y de capacidad para ejercer control territorial. El ejército sufrió en ese período cerca de 10 mil bajas entre muertos y heridos, miles de soldados fueron hechos prisioneros, perdió miles de medios de guerra, perdió el control de cerca de un tercio del territorio del país.

Tal cambio en la correlación de fuerzas le acarreo al gobierno salvadoreño y a los norteamericanos problemas estratégicos adi-

USA TOMA CONDUCCION POLITICA Y MILITAR

A mediados de 1983, tras la crisis de conducción en que se vió envuelto el Alto Mando y cuyo desenlace se tradujo en la sustitución del General Guillermo García como Ministro de Defensa y la relegación de este cargo a cuestiones burocráticas, ajenas de hecho a la conducción de la gue-

En el curso de la guerra contrainsurgente la conducción de la misma ha pasado a manos de la asesoría norteamericana. Ellos también son enemigos principales de nuestro pueblo.



queñas y medianas posiciones emplazadas en el norte del país por el ejército salvadoreño, como una primera línea de contención al avance militar de las fuerzas revolucionarias. El ejército tuvo que abandonar todas las pequeñas y medianas posiciones en esa zona no golpeadas aún por el FMLN, para evitar más reveses y contener la descomposición moral que tendía a generalizarse en su tropa. Compañías enteras se rendían al FMLN sin ofrecer combate. Así las tropas del ejército títere se replegaron, concentrándose hacia el sur, en posiciones fortificadas.

La correlación de fuerzas había experimentado otro vuelco estratégico a favor del FMLN. Los territorios bajo control y de expansión del FMLN se ampliaron, las fuerzas del régimen fueron privadas por completo de ini-

cionales. La gran cantidad de bajas sufridas, las deserciones, las dificultades enfrentadas por el Alto Mando para retener por otro período a los soldados que habían cumplido su servicio de dos años y la extensión de los territorios bajo control del FMLN, redujeron sensiblemente las posibilidades de crecimiento del ejército salvadoreño; los batallones éliticos de contrainsurgencia (Atlatl, Ramón Belloso, etc.) tuvieron que renunciar a los requisitos exigidos para el reclutamiento, aumentaron el "salario" mensual a la tropa, la cual, en términos generales fue reducida a una masa de novatos; el ejército perdió movilidad estratégica por tierra; etc.

rra, los oficiales salvadoreños habían sido ganados parcialmente por los asesores norteamericanos para el plan de contrainsurgencia. Entre otras cosas ello se expresó con el impulso de planes político-militares de pacificación llamados planes CONARA. Sin embargo no fue sino hasta finales de 1983, por las duras derrotas sufridas por el ejército que lo colocaron al borde del colapso, que los norteamericanos lograron imponerle definitivamente al Alto Mando el Plan de Contrainsurgencia.

Así la conducción estratégica, operativa y táctica pasó al control directo de los asesores militares norteamericanos. Este control se completó cuando instalaron a José Napoleón Duarte a la cabeza del gobierno. Teniendo en sus manos los dos instrumentos principales, es decir

a Duarte y al ejército, el plan de contrainsurgencia fue puesto en marcha a escala nacional, luego de que lograron remover y reorganizar por completo la cúpula militar colocando en el mando al equipo de oficiales ganados para el plan de contrainsurgencia.

Para superar las debilidades estratégicas relacionadas con la pérdida de capacidad de movilidad y con la prácticamente ineficaz capacidad de respuesta ante ataques del FMLN, el ejército fue transformado, bajo el criterio de "tropas sin cuartel", en un ejército en permanente movimiento en los distintos teatros de operaciones, en el afán de recuperar los terrenos perdidos, desarticular los planes operativos del FMLN, desgastar a profundidades sus fuerzas y en fin de cuentas con el objetivo de arrebatarle la iniciativa a las fuerzas revolucionarias. Al mismo tiempo pusieron en ejecución campañas de pacificación de gran envergadura y de larga duración en aquellas zonas de operaciones en donde la correlación de fuerzas les era más desfavorable, particularmente en el oriente del país.

Esas misiones estratégicas fueron encomendadas a las tropas móviles, es decir a los batallones de cazadores, creados en cada una de las brigadas de infantería, aumentadas de tres a seis; los batallones de Infantería de Reacción Inmediata (Atlacatl, Ramón Beloso, Atonal, Manuel Arce, Bracamonte), los batallones de paracaidistas, las patrullas de tropas especiales de reconocimiento de largo alcance (PRAL). Este conjunto de tropas móviles, que conforman el primero de los tres dispositivos del esquema defensivo diseñado por los norteamericanos, debían operar con espíritu ofensivo tanto para reducir el territorio de acción del FMLN y para privarlo definitivamente de la iniciativa; esto justificaba a su vez el uso masivo de medios de apoyo aéreo, sobre todo de helicópteros.

Empero al mismo tiempo, esas tropas disponían del aparato político de las operaciones de

El Salvador 12

EJERCITO GUBERNAMENTAL IMPLEMENTA CONCEPCION DE "GUERRA TOTAL"

Por otro lado para contrarrestar la influencia del FMLN en las masas, pasaron a organizar la Defensa Civil, redes de colaboradores en aquellos lugares en donde el FMLN debía ser desalojado definitivamente. Al mismo tiempo se pusieron en marcha las llamadas acciones cívicas y campañas de propaganda, -conocidas en la jerga de contrainsurgencia con la denominación de "operaciones psicológicas", encaminadas a minar la moral de los combatientes revolucionarios y a descomponer sus filas. Para completar esta estrategia dirigida a aislar al FMLN de las masas, el ejército pasó a aplicar una política de terror basada en bombardeos nocturnos, al empleo de estridente volumen de fuego y la destrucción de viviendas, cosechas, etc., para forzar a la población a desplazarse a zonas controladas por la dictadura.



Estas calaveras significan genocidio. Aparecen, tras los desembarcos de tropa helitransportada, en postes y paredes de pueblos y caseríos.

contrainsurgencia; a ellas se les encargó la misión de impedir el apoyo de las masas al FMLN y ganárselas a su favor. Los oficiales al mando de esas tropas empezaron a sostener que "la guerra era más política que militar", que los objetivos militares debían subordinarse a los objetivos "políticos", que quien se "ganara a las masas ganaría la guerra", etc. Tales oficiales se convirtieron atropelladamente y, salvo excepciones, en burdos agitadores políticos de la guerra de contrainsurgencia.

El plan de contrainsurgencia, pues, correspondía a una concepción integral de "guerra total" inspirada en la así denominada "doctrina de los conflictos de baja intensidad". Del cumplimiento exitoso de aquellas misiones estratégicas dependía que las tropas móviles impidieran al FMLN operar contra posiciones fijas y objetivos económicos vitales en las franjas central y sur del país, de tal modo que ello asegurará la estabilidad política, económica y social de la retaguardia profunda del régimen.

Tales eran los rasgos más importantes del plan de contrainsurgencia que los norteamericanos pusieron en marcha a partir de 1984. Durante este año y parte de 1985 los asesores militares y el Alto Mando afirmaban en el marco de una propaganda triunfalista, que por fin el ejército había tomado la iniciativa. Sin entender la esencia del necesario reajuste táctico emprendido por el FMLN para derrotar el plan de contrainsurgencia, los norteamericanos

ricanos y los oficiales salvadoreños se atribuyeron como victoria suya el hecho de que las unidades del FMLN pasaron a operar predominantemente de modo descentrado, durante el tiempo que necesitó para adaptarse a las nuevas situaciones y para crear las bases para la derrota del nuevo esquema.

LA VIDA DIO LA RAZON AL VIRAJE TACTICO DEL FMLN

Tras tomarse el tiempo indispensable para la realización del viraje táctico, el FMLN pasó a producirle al ejército salvadoreño un desgaste a gran escala de irreparables consecuencias. De 1984 al primer trimestre de 1986 el FMLN le ocasionó al ejército cerca de trece mil bajas, es decir casi el 50 o/o del total de bajas sufridas desde 1981. Cada operativo y cada patrullaje lanzado sobre posiciones guerrilleras fue objeto de un profundo sangramiento. A causa de ese desgaste humano, hacia finales de 1985 las tropas móviles del régimen fueron privadas del espíritu ofensivo que sus asesores norteamericanos les trataron de inyectar. Los batallones denominados Cazado-

res no pudieron con el encargo de arrinconar al FMLN en reducidos territorios al norte del país, fueron privados de capacidad de movimiento y con ello la capacidad de movilidad estratégica del ejército fue colocada en su punto más bajo.

CRISIS DEL ESQUEMA DEFENSIVO DEL PLAN CONTRAINSURGENTE

La esencia de la táctica de las tropas móviles fue, pues, desarticulada. La generalización de las formas de la lucha guerrillera privó a la aviación de objetivos militares, neutralizó su eficacia y llevó a un nivel precario la capacidad de coordinación en combate de los medios y fuerzas de infantería con los aéreos y la artillería. Como consecuencia de ello los asesores norteamericanos y el alto mando limitaron las acciones del ejército a operaciones "relámpago", encaminadas en lo fundamental a desestabilizar el mando pero sin obtener los resultados esperados ya que el FMLN pudo rápidamente descifrar la táctica empleada por las Patrullas de Reconocimiento de Largo Alcance, PRAL y derrotarla.

Por otro lado, el desgaste y virtual fracaso de la línea móvil debilitó la capacidad del ejército para defender posiciones fijas y acentuó la contradicción que ha venido arrastrando ante la necesidad de concentrarlas para proteger objetivos económicos y militares fijos. Durante 1985 el FMLN ejecutó exitosamente ataques a posiciones fijas del ejército y a objetivos económicos y militares vitales, como los ataques a la posición de El Picacho enclavada en el Volcán de San Salvador, al Centro de Comunicaciones emplazado en el Cerro Santa Lucía, en Santa Ana, al Centro de Entrenamiento Militar de las Fuerzas Armadas ubicado en La Unión. En estas acciones, ejecutadas con audacia, con precisión y mediante la concentración de fuerzas, el FMLN mostró su alta capacidad técnico-operativa y superior destreza táctica sobre la del ejército gubernamental. Por encima de la magnitud de los resultados cuantitativos de esas derrotas, *el hecho importante a destacar es que con ellas hizo fracasar el esquema defensivo del plan de contrainsurgencia de los yanquis.*

LA INICIATIVA LA TIENE EL FMLN

La derrota del primer dispositivo de tal esquema, el agrupamiento de las tropas móviles, los golpes concentrados contra su segundo agrupamiento, es decir contra las posiciones fijas, sumado a ello los sabotajes a profundidad a la energía eléctrica en particular y a la economía en general, el control de carreteras con el consiguiente paro de transporte terrestre, la desarticulación del poder local en amplias zonas del país, etc., trastornaron por completo el esquema de contrainsurgencia. *Fue neutralizada la capacidad de respuesta supuestamente más eficiente del ejército, las tropas móviles perdieron su capacidad de maniobra; fueron privadas de su espíritu ofensivo, en suma el FMLN mantuvo la iniciativa y le impuso a su enemigo el comportamiento en los teatros de batalla.*



La victoria popular se aprecia en el horizonte.

Así pues, desde el punto de vista estratégico el plan de contrainsurgencia de los Estados Unidos entró en crisis hacia finales de 1985. Se acabó el entusiasmo de los oficiales salvadoreños, el triunfalismo se esfumó, los asesores militares yanquis se empantanaron, la cúpula del ejército fue colocada de nuevo en la picota, rebrotaron las contradicciones políticas dentro del ejército y las amenazas de golpe de Estado cobraron fuerzas.

Los norteamericanos y la jefatura salvadoreña de hecho se han quedado sin plan militar que acierten en, por lo menos, frenar el avance estratégico del FMLN. Las fuerzas revolucionarias, al dispersar sus unidades por todo el territorio del país, al transformar progresivamente la guerra en guerra de todo el pueblo, al desarrollar la táctica guerrillera, etc., no sólo han derrotado en lo fundamental el plan de contrainsurgencia de los yanquis, sino que lo han forzado a frenar temporalmente el escalonamiento a través de la dotación de un mayor número de medios aéreos, pues su eficiencia ha sido neutralizada. Pero al mismo tiempo el FMLN ha sentado premisas para un futuro cambio a su favor en la correlación de fuerzas, que colocará a los norteamericanos de nuevo ante la encrucijada de cómo escalar su intervención para frenar el avance del FMLN hacia la contraofensiva estratégica y alargar la derrota del ejército títere.

Tal es, pues, el dilema que enfrentan los norteamericanos ante la perspectiva de la derrota. El desbaratado plan de contrainsurgencia y las innovaciones que le pueden introducir no constituyen alternativa para detener el avance estratégico del FMLN. Renunciar a su esquema táctico y sustituirlo con agilidad por otro para responder eficazmente a la guerra de todo el pueblo, es una opción que no está contemplada en sus consideraciones estratégicas, pues ello significaría renunciar a su concepción sobre cuyo éxito han cifrado sus esperanzas para contener a los movimientos de liberación en el Tercer Mundo.

LA TENDENCIA DE LA GUERRA ES A FAVOR DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

Después de más de 5 años de guerra revolucionaria victoriosa, el FMLN ha revertido aquella desventaja estratégica de finales de los años setenta con la que se enfrentó a las fuerzas armadas de la dictadura. En la guerra, el FMLN se ha desarrollado más que sus enemigos y ahora se pue-

de afirmar con propiedad que es inexacta la conclusión sostenida por los estrategas del Pentágono de que "la guerra no podía ser ganada por ninguno de los dos bandos". El análisis del desarrollo de la guerra, el estado actual de la correlación de fuerzas y las perspectivas, permiten reafirmar de manera concluyente que el FMLN ha venido ganando la guerra, la está ganando y todos los signos del actual estado de la correlación de fuerzas indican que en la tendencia general ésta sufrirá un viraje a favor de las fuerzas revolucionarias.

No es la técnica ni el armamento sofisticado lo que marca el curso de la guerra, sino el coraje del hombre sencillo volcado en lucha por sus reivindicaciones históricas.

